

Año IV.

Barcelona 16 de Mayo de 1890.

Núm. 153.

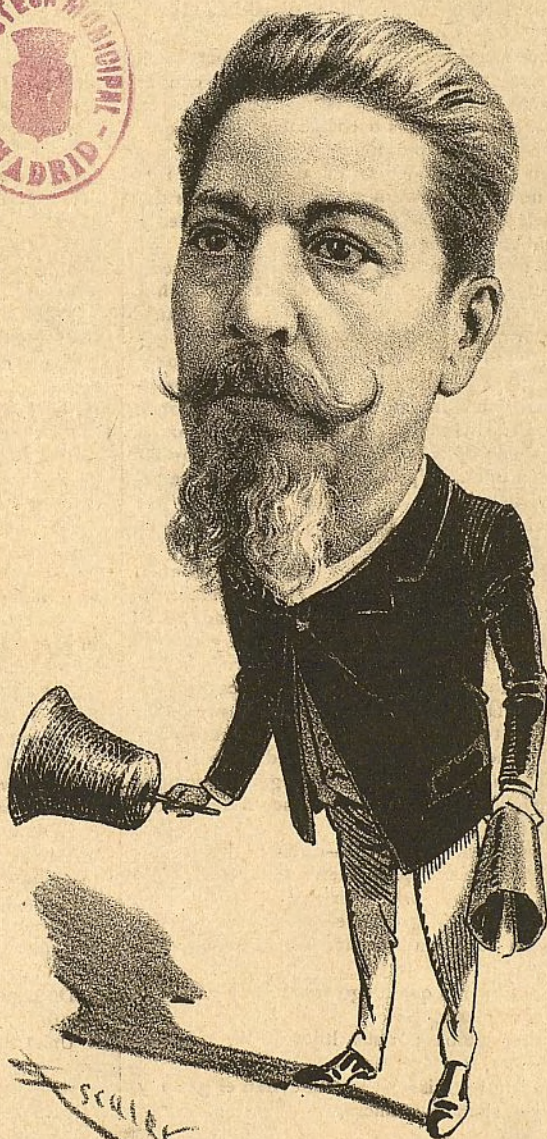


Semana Cómica

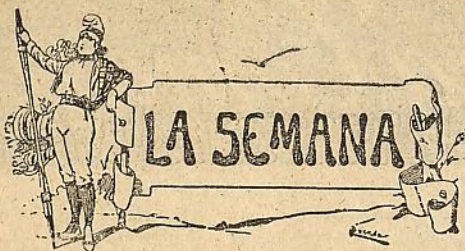
LIT. MIRALLES. UNION. 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA.

NUESTROS EDITORES, POR ESCALER.



INOCENCIO LOPEZ BERNAGOSI.



Aun no es nacido y ya estornuda.
Antes de cabras, corral.

Aun no asamos y ya pringamos.

Con estos refranes y otros por el estilo podemos acoger lo único que se sabe de cierto respecto al proyecto de ley reglamentando el trabajo de los niños.

Y lo que se sabe es ¡oh, país de las economías! que se crean varias plazas de inspectores, con el sueldo anual de diez mil pesetas por barba.

Claro es que con pocas barbas como esas el que resulta afeitado es el presupuesto.

Pero, en cambio ¡díganme Vdes. si con tales inspectores no estarán los niños bien mirados, sus derechos bien garantidos y los capataces, oficiales y jefes de taller bien vigilados!

Verdad es que con un sueldo semejante, se puede ser protector, no digo yo de un infante español cualquiera, sino de un Serenisimo Infante de España.

¡Y pensar que Jesucristo no cobraba sueldo alguno del Estado por defender á los muchachos y llamarlos hácia sí, que San José de Calasanz tampoco firmaba nómina por su filantrópica labor y que ni San Luis Gonzaga, ni San Juan Bergman ni San Estanislao de Kostka perciben retribución alguna por la tutela perpetua que ejercen sobre la juventud cristiana!

¡Valiente protección. será la protección que se dispensa gratis!

En cambio, verán Vdes. á los inspectores de nuevo cuño, que al decir, como Dios, *Sinite parvulos venire ad me*, traerán el propósito de enmendarle la plana á Dios en cuanto á celo, actividad y amor á la infancia.

Si en las horas de trabajo evitarán el castigo injustificado y la coacción exagerada, en los ratos de descanso contribuirán al mayor esparcimiento y solaz de los muchachos, ya haciendo de toro si juegan á lidiadores, ya de madre si juegan al escondite, ya pagando siempre que jueguen á las cuatro esquinas.

—¿Cuántos niños tiene V.?—dirá uno de los nuevos inspectores á cualquier dueño de fábrica.

—Tres y medio, para servir á V.

—¿Cómo medio?—gritará el comisionado oficial ardiendo en santa indignación.—¿Ha partido V. alguno?

—No señor; sino que tengo tres hijos y mi mujer está de cinco meses.

—No preguntaba por sus hijos de V., sino por los aprendices.

—Pues son los mismos; así me evitan el gasto y se instruyen ellos en el oficio.

—Bien y ¿cuántas horas trabajan y en qué se ocupan?

—Señor mío—dice entonces el hombre un poco amoscado—¿sabe V. lo que le digo? que cuide V. de no pisarse la camisa.

—¿Por qué?

—Porque se ha metido V. en una de once varas lo menos.

La nueva generación ha nacido con suerte.

El Estado vela por la niñez, escuda á la adolescencia, ampara á la pubertad...

El Gobierno piensa en los niños, sueña con los niños, se acuesta con los niños...

Y ¡cómo se alegrarán de esto los conservadores!

Porque si el Gobierno se acuesta con los niños ¡calculen Vdes. cómo se levantará del lecho el poder ejecutivo!

Nada, nada, la formación de la nueva ley se impone y es forzoso correr mucho, ya que en eso, como en otras muchas cosas, nos hemos quedado atrás.

Inglaterra tiene reglamentado el trabajo de los niños desde el siglo pasado, gracias á los trabajos del Doctor Perceval.

Y no se incluya á este Perceval (que nada tiene que ver con los percebes) en la categoría de esos Congrius y Piaves que andan por los periódicos desde el verano pasado.

Prusia, Austria y Rusia publicaron reglamentos sobre el asunto en el primer tercio de este siglo.

Nosotros no les tenemos ni del primer tercio ni del tercio 14 de la Guardia civil.

Francia dió la ley de 1841 inspirada en el ejemplo inglés y en la obra de Sismondi,

Aquí, entretanto, siempre han campado por sus respetos los niños, sobre todo los de Ecija y mas tarde el Niño de Brenes.

La voz de los filántropos y filántropas—hago esta distinción de géneros en honor de D.^a Patrocinio de Biedma—ha sido aquí, como dice la Biblia, *vox clamantis in deserto*.

Mas, aunque tarde, la ley reglamentadora se promulgará también en España y por de pronto ahí tienen Vdes. á la vanguardia á esos inspectores que vienen abriendo calle, con sus diez mil pesetas.

Con esa ley nos vamos á chupar los dedos de gusto y yo creo que ha de hacerse mas célebre que la ley de cenival de la antigua Roma.

Si á aquella le llamaban ley «de las Doce tablas», á esta le diremos «ley de los Doce palmetazos.»

Porque supongo que ese será el castigo máximo que podrá imponerse al niño obrero.

Y á propósito. Esos cargos de inspectores ¿no debieran ser de elección infantil?

El derecho de sufragio debe extenderse—al menos en este punto—á los aprendices y peones menores.

Y aunque lanzo esta idea algo tarde, porque el sufragio universal ya está aprobado en ambas Cámaras, quizá pueda aprovechar dicha idea la comisión mixta que entiende ahora en el asunto.

De seguro que el aviso llega á tiempo, porque esa comisión anda despacio y es muy natural.

Una Comisión *mixta* no es una Comisión *express*.

Trátase de reformar el Reglamento de la Academia Española, esa que limpiate—¡limpiate, que estás de nuevo!—fija y dá esplendor.

La reforma consiste en la extensión del derecho electoral pasivo, en el sentido de dar ingreso en la Academia á las escritoras que merezcan esa distinción, dado caso de que algunos académicos sepan distinguir.

La verdad es que eso de las corporaciones para hombres solos estaba llamado á desaparecer.

Pero si la reforma se lleva á cabo ¡que de ilu-

siones van á brotar en el pecho de alguna *vata* ó sea poetiza para dentro de casa!

—¿Y Fulanita?— preguntaremos á algún papá.

—Todo el día está dándole vueltas á la lengua.

—Quizás le duela algún colmillo.

—No señor; es que va para académica.

—¿Cuando van ustedes á elegir la primera?—le decían á uno de los autores del Diccionario.

—Cuando haya una vacante.

—¿Adiós, sátiro!

LUIS ROYO VILLANOVA.

ANGEL PONS

¿Qué coje usted *Los Madriles*?

Por detrás y por delante
no vé usted más que perfiles
de Angel Pons, el dibujante.

¿Que, por ejemplo, después
vá usted á leer LA SEMANA?

De Pons halla dos ó tres
dibujos en cada plana.

¿De las que se usan ahora

coge usted otra revista?

Pues en todas colabora

Pons el caricaturista.

¿Que coje usted *El Resumen*,

periódico de los buenos?

En él halla de su numen

veinte mil muestras lo menos.

Lo que ninguno ha logrado

Angel Pons ha conseguido:

¡que pase por ilustrado

un folletín traducido!

El está en su «Galería»

retratando á todo Dios

y dando á luz cada día

un particular ó dos.

No es posible concebir

los que ha debido de dar...

¿A dónde vá V. á parir,

ó mejor dicho, á parar?

Pons trata á toda la gente

con benevolencia rara:

á nadie absolutamente
puso nunca mala cara.

¿Cuánto en pintar tardará

las curas, Dios soberano?

¡Si se la ha pintado ya

á medio género humano!

Si una maravilla es Cilla,

de ello en consecuencia saco

que es Pons otra maravilla

en eso del monicaco.

El nunca en sombras ni lujos

gasta el tiempo inutilmente,

y sin meterse en dibujos,

dibuja perfectamente.

Pero hé aquí lo que asombra:

no sombrea las figuras,

y tienen *la mar* de sombra

toas sus caricaturas.

Todo en Pons es inaudito,

todo es admirable en Pon

—la s me sobra, y la quito—

y todo es inspiración.

Pues ¿y su fecundidad?

¿Qué cosa más asombrosa!

¿Y su laboriosidad

admirable y portentosa?

¿Cuándo Pons no está de vena?

¿Cuándo abandona la pluma?

¿Cuándo come? ¿Cuándo cena?

¿Cuándo duerme? ¿Cuándo fuma?

Pons debe de hacer ahora,

entre excelentes y buenos,

cuatro mil monos por hora

sobre poco más ó menos.

Para trabajar en pró

del *mono* se dió tal arte,

que hoy papel sin monos, no

se lee en ninguna parte.

Lo que algunos no han creído

hoy Pons con su pluma abona:

que puede haber parecido

entre el mono y la persona.

Pons á su origen primero

vuelve al que menos lo espera:

¡pero con cuanto salero

convierte en *mono* á cualquiera!

Al mono sacado él há

del más completo abandono:

hoy es casi un hecho la

preponderancia del mono.

De aquel Pons las *intencions*

ignoro completamente,

pero la misión de Pons

no es dibujar solamente.

Una idea me contrista

y estas mis dudas agranda:

¿será Pons un darwinista

que está haciendo propaganda...?

FERNANDO SEGURA

REFLEXIÓN

Que al ver unas pantorrillas
flacas y de forma tal

que más parezcan horquillas,
digan todos: «¡Qué *canillas*!»
lo encuentro muy natural.

Mas, por contrario motivo,
ningún hombre reflexivo
debe, según mi opinión,
usar el diminutivo

con las que flacas no son.

Las de mi vecina Inés,
que son gordas y lozanas
y que una vale por tres,
en vez de *canillas*, pues,
debieran llamarse *canas*.

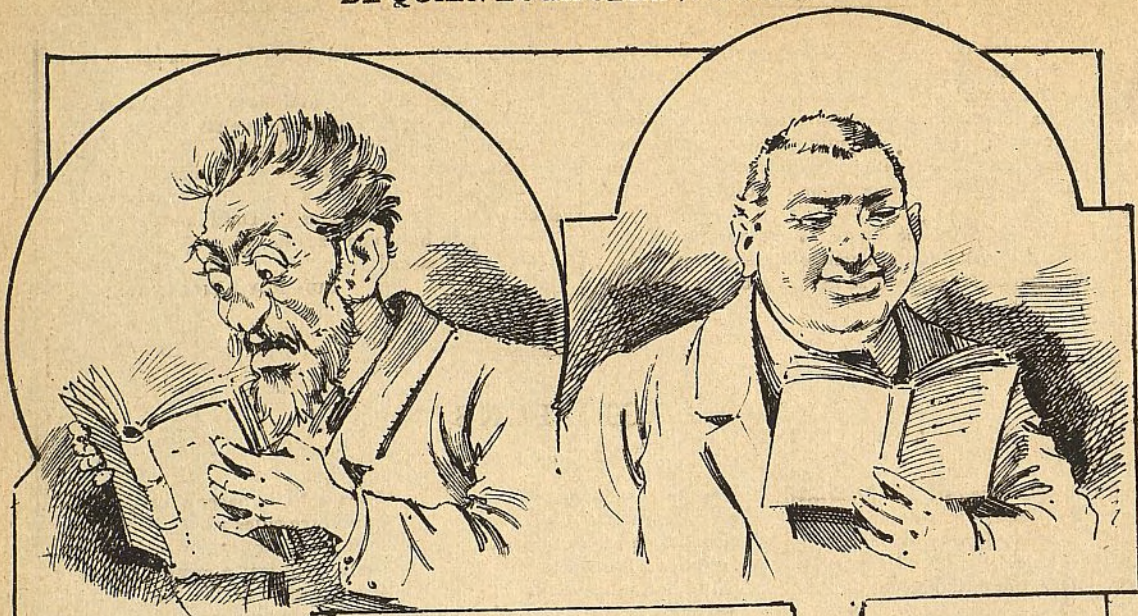
No hay quien me convenza á mi
de que no tengo razón,
y quiero que conste aquí

que deben llamarse así,
pues, como gordas, lo son.

Yo estoy muy bien enterado;
porque siempre que á mi lado
se sienta Inés, con desgaire,
tiene el singular cuidado
de «echar una *cana* al aire.»

F. GIL DE AINCILDEGUI

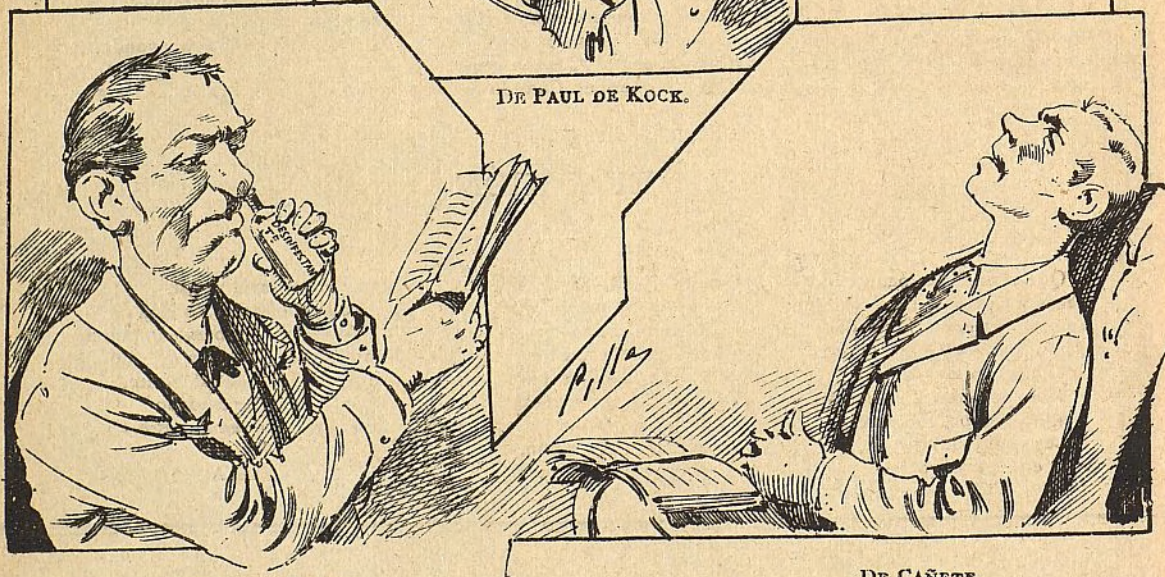
DE QUIÉN ES LA OBRA?, POR CILLA.



DE PEREZ ESCRICH.

DE M.^a DEL PILAR SINUÉS.

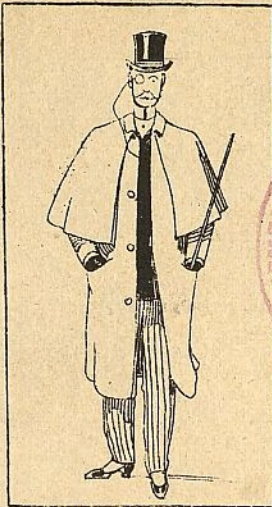
DE PAUL DE KOCK.



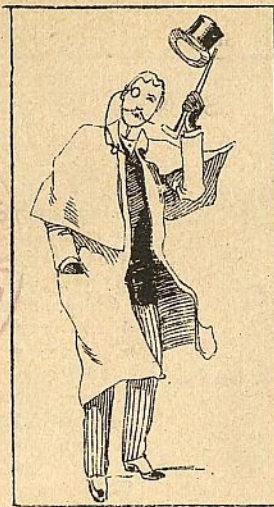
DE LOPEZ BAGO.

DE CAÑETE.

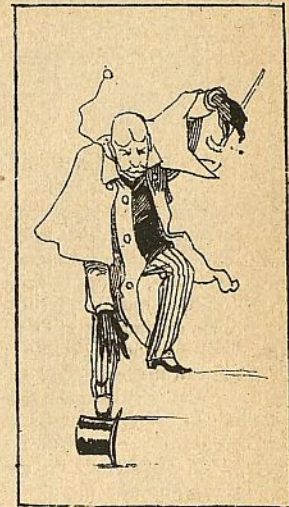
LA RECONQUISTA DE UN SOMBRERO, POR RENAU.



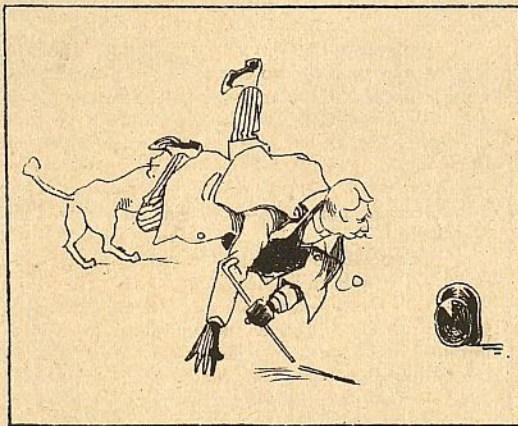
Sale Joaquin Rodajas
acicalado y nuevo,



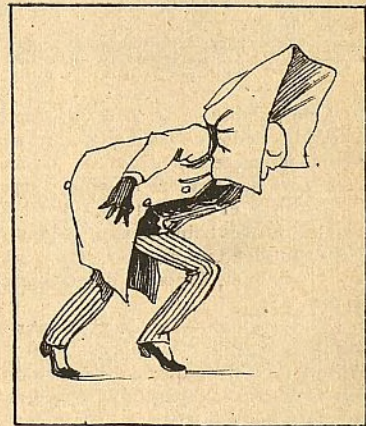
cuando el viento maldito
le arrebató el sombrero.



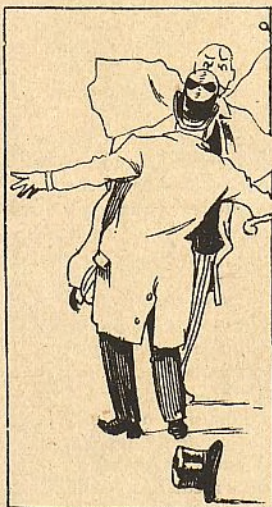
Corre tras él, y pierde
el lente por cojerlo



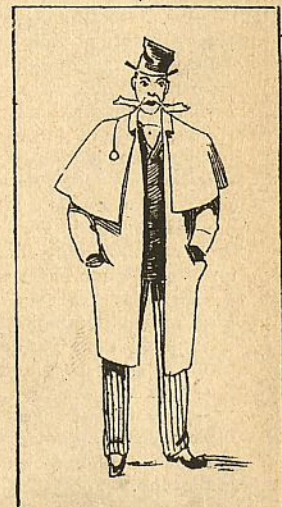
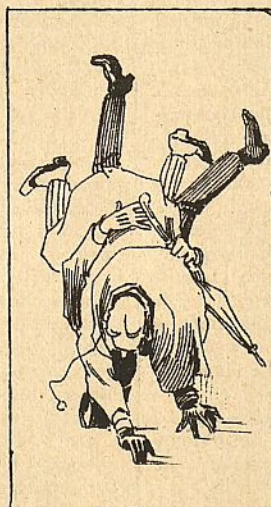
y el junco se le rompe,
y besa el santo suelo



y se hace luego un llo



y cae rodando luego.



¡Y este es Joaquin Rodajas,
que recobró el sombrero!

SONETOS

¡PARA LA POBRE CIEGA!

Alma de Dios, aurora fugitiva,
tortola virginal del infinito,
niña del cielo, portador benlito,
iris abajo, mariposa arriba.

Yo, el que por prados á buscarte iba
antes de amanecer, de pequeño,
hoy te invoco llorando. ¡Necesito
toda tu luz esplendorosa y viva!

Sus blanquitos párpados despliega,
mitiga sus enojos, mis enojos,
y en el misterio de su alcoba riega
la brillantez de tus matices rojos.
¡Mira que está la pobrecita ciega!
¡á ver si sanas por favor sus ojos!

GEDEÓN.

En busca Gedeón de su acomodo,
se echó á la calle á ver lo que *salía*
y ha *salido* inspector de policía,
porque en España Gedeón lo es todo.

Mas, sigue el buen señor del mismo modo,
hace una de las suyas cada día
y tan fiero se ha vuelto, que ataría
á un manco *de raíz* codo con codo.

Ayer el arma, al apuntarse al... pelo,
le quitó el hombre, sin ningún recelo,
á un suicida ambulante en el Retiro.

Y así, con aire protector, le increpa:
—Váyase usted, mas sin que yo lo sepa...
porque sino ¡le descejarro un tiro!

JOSÉ DE DIEGO.

EL MOTIN DE LOS DEDOS.

A un hombre que se hallaba dormido se le sublevaron los dedos de las manos. Fué aquel un suceso verdaderamente extraordinario, digno de ser publicado para que sirva de ejemplo y experiencia.

Comenzó el motin el dedo meñique de la mano izquierda, que había estado dormido como todos, pero con sueño intranquilo, puesto que hubo de vérselo durante él, á merced de un nervioso estremecimiento.

—Compañero,—le dijo al anular de la misma mano.

—¿Qué diablos quieres?—exclamó el anular despertando mal humorado.—Déjame dormir; si tu tuvieras, como yo, ceñido el cuerpo con tres anillos de oro y doblegada la falange al peso de tantas perlas y brillantes como llevo sobre mí, no estarías, en verdad, tan bailarín, ni con tan pocas ganas de dormir.

—Si, lo comprendo, amigo mío; yo soy el último de los dedos, puesto que soy el último de la mano izquierda y, cuando más, me habrían ocupado en bailar en el agujero de los oídos, llenándome de cerilla; pero, por lo mismo, me siento lleno de ambición; no me conformo yo, como tu, con ser simplemente un guarda joyas ó un porta diges, ni creas que me conformaría ni aún con ocupar las plazas de pulgar ó de índice de la derecha.

—¡Hola, hola!—exclamó en esto el dedo corazón de la misma mano.—Tú me comprendes, pequeño; que aquí donde me ves copulento y alto, creo que he sido criado para algo más que para tiesto de uñas, afila narices ó ajusta ojales, porque siquiera la zurda de la esposa de nuestro señor y dueño, ocupa su gente en el acompañamiento de piano.

—¿Qué ruido es ese?—exclamó el gordo.

—En esta mano no se puede dormir—dijo el índice;—con lo cual todos estuvieron despiertos y mirando envidiosos, como dormían los señores de la derecha.

El meñique volvió á tomar la palabra, diciendo á los quejosos, que si no estaban hartos de ser izquierdistas y de andar siempre esperando hacer cosa de provecho, y casi siempre inútiles y metidos en los bolsillos, ó cuando más, ocupados en faenas secundarias, ó engarrañándose convulsivamente cuando su amo rabiaba.

—Perteneceemos—dijo—á una mano que no tiene vergüenza.

Á estas palabras se sublevó el patriotismo de todos los dedos de la izquierda.

—Si, lo repito—continuó el pequeñín irguiéndose—no nos debe cegar el amor propio. ¿Os parece misión decente, para un dedo que se tenga en algo, tan bien nacido como otro cualquiera, la de limpiar con la cabeza la ceniza de un cigarro, como me obligan á hacer todos los días? Si, al menos, fuera uno dedo de la mano derecha... Esta, ésta si que podría realizar grandes prodigios. Ella escribe, ella pinta, ella trabaja en cosas nobles y útiles; ella entra en amigable relación con otras manos... ¡Y qué distinciones recibe! ¿No os llama la atención que todo el mundo diga: *Beso á V. la mano* y no las manos? Claramente se vé que aluden á la derecha, como si nosotros no existiéramos en el mundo. ¡Guerra, pues, á la mano derecha!

—¡Alto!...—dijo el dedo corazón—no seamos ingratos; que yo no puedo olvidar que, cuando tuve aquel uñero, nuestros amables vecinos de la derecha me ajustaban cuidadosamente el vendaje y me cuidaban con solicitud. Son, pues, nuestros hermanos.

—Por la cuenta que les tenía, que, al fin y al cabo, somos su ayuda en todos sus trabajos.

—Cierto, cierto,—replicaron todos. Y con esto se armó tal bullicio, que hubieron de despertarse los de la mano derecha; y ¡cuál no sería el asombro de los izquierdistas al oír decir á sus vecinos que no se hallaban, ni mucho menos, contentos con su suerte!

¡Ah! Si supieran los de la izquierda, los sufrimientos y los desengaños que padecían, y las barbaridades que se veían obligados á cometer, muchas

veces, los dedos de la mano derecha de un hombre perezoso. Además, entre los dedos de la derecha existía, también, una irritante desigualdad; bien claro pudo demostrarlo el índice de la refirida mano.

—Lo peor, creedme,—les dijo—no está en ser de la izquierda ó de la derecha, índice ó meñique, sino en haber nacido dedo.

—Eso, eso—gritaron á una los dedos de una y otra mano, agitándose como muchedumbre en días de rebelión.

En esto habló el pulgar de la mano derecha, dedo de autoridad que se creía un sabio, porque había aprendido á medir y contar, y porque, impregnado de saliva, había hojeado algunos libros.

—Oídme—dijo—nadie está contento con su suerte; hay dedos mucho más desgraciados que nosotros, llenos de callos, sucios y siempre metidos en las narices ó rascando partes que no será decente recordar. Al fin, á nosotros se nos dá agua y jabón para lavarnos, se nos abriga del frío en suavísimos guantes, y pertenecemos á una mano fina, distinguida y aristocrática. Por lo demás, á mi me queda el consuelo de saber lo que hemos sido; pude leerlo en un hermoso libro, pero no os lo diré. ¿Os lo digo?... Repito que no; sois gente vulgar y descontentadiza.

—Que lo diga... que lo diga..., exclamaron todos los dedos.

—Pues bien: hemos sido gnomos, si, hombrecillos enanos; por eso, sin duda, somos tan inteligentes y hábiles; pero nuestra soberbia nos acarreó el castigo de que los Dioses nos convirtiesen en dedos, pegándonos á un mono inteligente, que desde entonces se llama hombre.

Esta opinión del venerable pulgar, como suelen serlo las de todos los sabios, importó poco á la plebe, y ésta continuó en rebelión creciente.

—Somos los dedos de un holgazán.

—Los dedos de un tardigrado, de un tumbón.

—De un hombre inactivo.

—De uno que aprendió muchas cosas incompletamente, que no trabaja en ninguna.

—Así es lo cierto, porque nuestra verdadera ocupación se reduce á pasar y repasar durante toda la noche las cartas de la baraja, ó á sobar la cara y las manos de Mimi, la gata, ya que á nuestro dueño no le es dado sobar la cara y las manos de otras gatitas.

—Declarémonos independientes, exclamó el meñique de la mano izquierda, imponiéndose á sus compañeros. Porque al fin, el que se opondría sería el pulgar de la derecha, y todo porque le han empleado en algunos trabajos un poco más nobles. ¡Viva la independencia!

—¡Vivaaa...!

—¡Ilusos! ¿Qué pretendéis? Si no nos es dado separarnos de las manos en que hemos nacido...—exclamó el dedo gordo.

—Pues entonces, gritó el meñique, dejémonos cojer por una puerta; muramos todos.

—Inútil empeño. ¿No veis que si lo que pretendemos es morir, esto no ha de hacerse esperar? ¿No hemos ido perdiendo de día en día agilidad y destreza? ¿No estamos cada vez más torpes? Si en nuestra propia torpeza está la venganza contra el perezoso de nuestro dueño.

Al oír esto todos los dedos se pusieron á temblar.

—¡Ay!—gritó uno sintiéndose herido por un agudo dolor; luego se quejó otro y el de más allá, y todos, quedando sucesivamente uno por uno sin movimiento, y como quedan los ciudadanos de un pueblo que carece del espíritu del trabajo, único asiento de la libertad, como quedan los que han vivido esperándolo todo de una ajena dirección y en el envilecedor comunismo de los dedos de la mano, y queriendo redimirse por la tardía desesperación de los motines.

El sabio en cuya obra leímos la historia de este motín, decía que se le habían antojado á él los dedos huéspedes, y que no podían compararse los hombres á los dedos sino en que estos se hubieren educado en el trabajo que á cada cual correspondía, según su estatura y valimiento, hubieren hallado en la destreza y en la agilidad mismas el colmo de la dicha; y que, al fin y al cabo, á los hombres no les es dado separarse del mundo al cual se hallan pegados como los dedos de la mano. Y á esto añadía otras filosofías que, como yo no las entiendo, tengo la modestia de creer que tampoco el lector podrá entenderlas, y por esto las suprimo.

Al despertar el hombre cuyos dedos se habían amotinado, halló inertes sus brazos, muertas sus manos, atadas por la parálisis. El cuerpo estaba ya casi muerto; el espíritu hacía ya mucho que se hallaba aletargado por la pereza.

JOSÉ ZAHONERO.

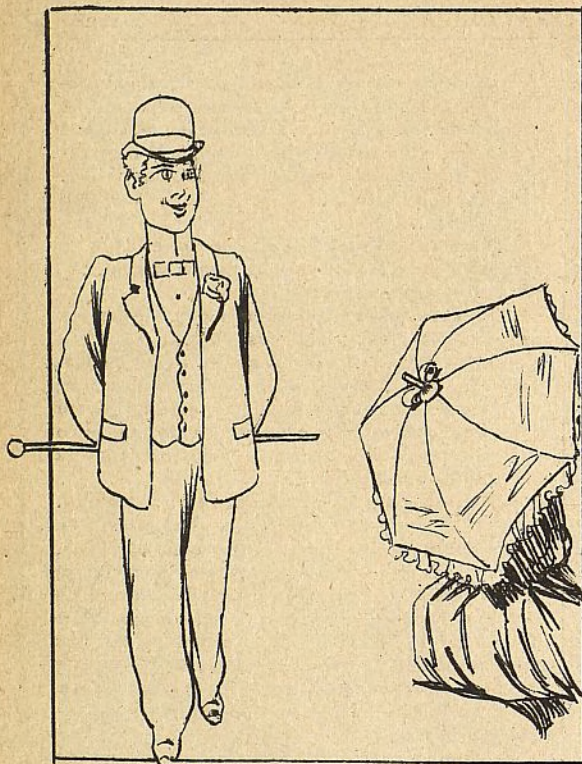
CARTA

á un padre desdichado,
que me escribe entusiasmado
por si quiero ser padrino
de unorro que Dios le ha dado,
robusto setemesino.

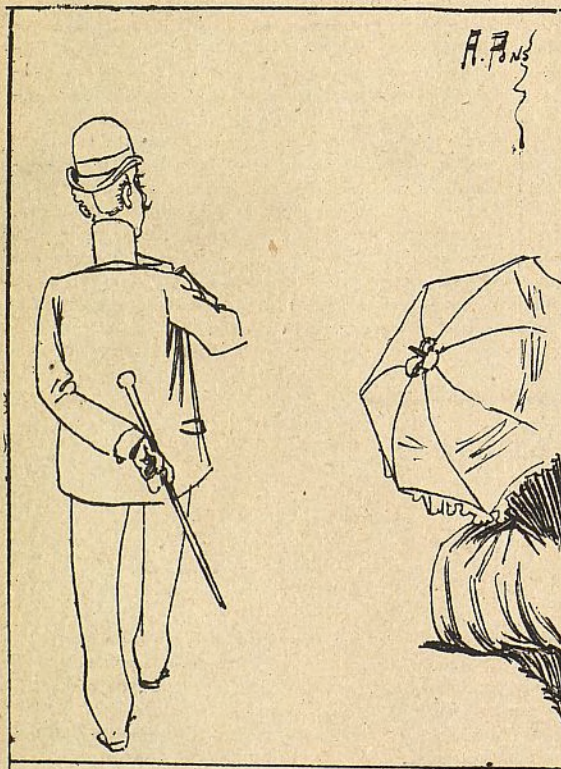
Me escribes, caro Gaspar,
que el pollo ha rotó ya el huevo,
y que yo tengo ya un nuevo
servidor á quien mandar.
Yo celebro el nuevo lazo
que tu consorcio ha tenido,

y más si el niño ha traído
un pan debajo del brazo.
Pero en esto soy ya ducho,
y en mi es cosa averiguada
que elorro no trajo nada
que te vá á costar mucho.

Muy contento me lo avisas,
muy alegre me das parte;
hazme el favor de esperarte
y te lo dirán de misas.
Que mientras tu amante llueca
y tú hallais el parecido



Tiene un aspecto muy majo.
Si es guapa como presiento...

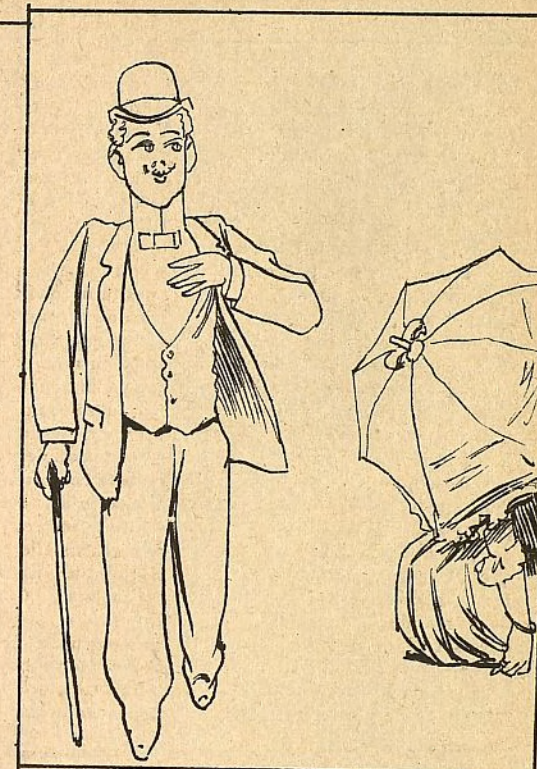


Paseo arriba y abajo.

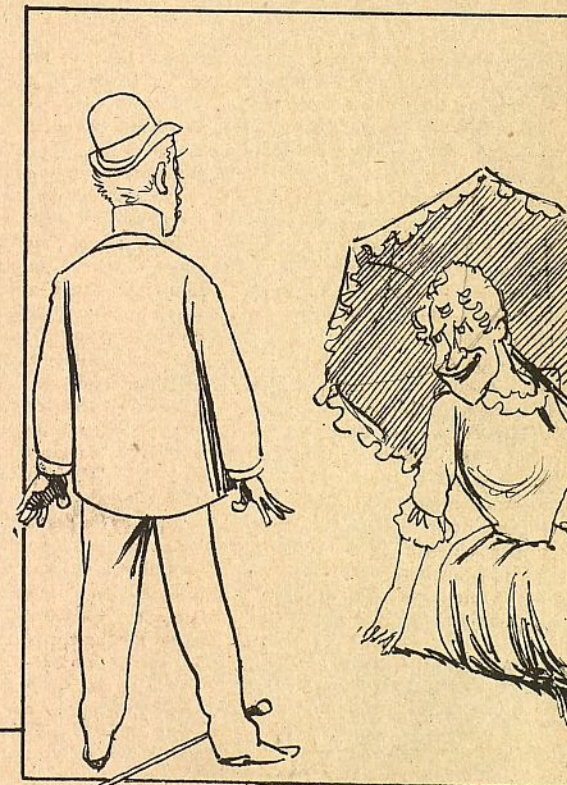
LA SEMANA CÓMICA
VARIEDADES, POR PONS.
SALIENDO DEL BAILE.



—¿Y el Conde?—No comparece.
—Yo no sé qué se merece.
—¡Tenerla á usted abandonada!
—Yo estoy lo más desechada...
—¿Ah, sí? ¡Pero no lo parece!



un piropo por lo bajo
y...



¡Recristo! ¡¡Qué esperpento!!

del niño recién nacido
con un rollo de manteca,
y le veis siempre risueño,
y le admirais por tranquilo,
y lo levantaiis en vilo
y le acariciáis el sueño,
yo te diré, como es uso
en mí, y aunque no te cuadre,
que eso de que seas padre...
no puede ser más abuso.
Dime, tonto, majadero,
¿cómo á tu prole mantienes?
¿Con qué permiso hace nenes
quien no sabe hacer dinero?
Pase, al fin, que á tu mujer
consiguieras atrapar,
si ella asintió á cultivar
el arte de no comer.
Pero ¿quién no te maldice
por creador del destino
del pobre sietemesino
que me ruegas que bautice?
En tu inaccesible hogar,
del barrio de Lavapiés,
que está á catorce mil piés
sobre el nivel de la mar,
has hecho empinado nido
con aquel sér que me asombra,

y no tiene ya ni sombra,
porque tú te la has comido.
Y esperando á colocarte
y sin tener que comer,
¿te entretienes en tener
niños, de que me das parte?
La acepto, que de algun modo
te he de ayudar, yo que puedo,
y con tu parte me quedo,
pues tú no podrás con todo.
Pero no esperas jamás
que por ser yo su padrino,
tenga tu niño el destino
que ya imaginando estás.
No; tu niño, á quien aguardo
ver vivir, por irrisión,
con mala alimentación
crecerá como un bigardo.
Y cuanto más infinito
sea tu misero estado,
será él más adelantado
y tendrá más apetito.
Se burlará de tu afán
con desarrollo creciente;
ha de echar el primer diente
el día que no haya pan.
Será listo y aplicado,
con talento que le sobre,

para que el papel de pobre
le parezca desairado.
¿Qué vas hacer á aquel día
en que al chico, padre topo,
le manden coger el chopo
y entrar en infantería?
¿Cómo le vas á enseñar
lo que él ha de merecer?
Todo el que quiere aprender
no se libra de pagar.
Llorarás sus pretensiones
al llorar sus vanidades;
creará necesidades,
adquirirá obligaciones.
Y como será muy guapo,
y te encantará el mirarle
y no podrás ayudarle,
¿te ha de poner como un trapo!
En fin... ya basta de bromas;
no me presto á apadrinarle;
¡en lugar de bautizarle
es mejor que te lo comas!
Pues para mí es inconcuso,
aunque la razón te sobre,
que el tener hijos un pobre
es incomparable abuso.

EUSEBIO BLASCO.

EN LA BARBERIA.

--¿Usted vá á servirse? --Si.
--Pues cuando V. guste. --(¡Vaya!
Por fin me ha llegado el turno
después de dos horas largas.)
--Y ¿qué va á ser? --Pues cortarme
el pelo --Bien. ¿Y... la barba?
--Recortármela también.
--De modo que recortala.
¿En la forma que está? --Si.
--La quiere cortita ó larga?
--Regular. --¿Y el pelo cómo
lo quiere? --De prisa. --¡Vaya
si estará! Pero yo digo,
si lo quiere usted con raya
ó... --Como está. --Es lo mejor;
le agracia mucho la cara;
le favorece á usted mucho
el pelo así. --Muchas gracias.
(¡A ti si que te favorece
una mordaza!)
--¿Qué decía usted? --Que tengo
prisa. ¿eh? --Pues no faltaba
más! ¡lo acabaré volando!
--(¡La paciencia si que acabas!)
--¡Qué mal tiempo! ¿eh?
¡Sil!... (silencio.)
--¡A ver! Suba usted la espalda...
--¡No apriete usted tanto! --No!..
Si no aprieto casi nada.

--Es porque se arruga el cuello
de la camisa y es lástima...
--¡Ca! Ya tengo yo cuidado
¡A ver! un poco más alta
la cabeza... --¡Vive Dios!...
(Segundo y medio de pausa;
en vez de cortarme el pelo
parece que me lo arrancan.)
¡Mire V.: si le es lo mismo
puede dejar esa máquina!
¡Eso debe andar muy mal!
--¿Qué ha de ir mal? ¡Si es auto-
¡Si corta mejor el pelo [mática!
que los cuchillos el agua!
Las han traído de París
hace dos ó tres semanas...
--¡Bueno! pues aunque no hubie-
venido no hacían falta. [ran
--Ya verá V... --¡Qué no quiero!
¡Las tijeras! --Pues es lástima
porque entonces tardaremos
quizá un poquito mas --(¡Nada!
¡La última vez que me corto
las melenas y la barba,
aunque al andar me las pise,
si no me las corto en casa!)
--¿Va ahora bien? --¡Pch! regular.
(Otro segundo de pausa.)
--¿Y qué hay de nuevo? --No sé.

--Hace calor ¿verdad? --Que haga
--¿Le gusta á usted el frío? --¡Sil
--Y ¿de la crisis que se habla?
¿No sabe V. si entra...? --No.
--¿Si saldrá...? --Ni una palabra.
--Ha ido usted á ver á Guerrita?
--No. --¡Como estaba la plaza!
¡Y qué bien lo hace ese chico!
¡Vamos! ¡qué cojer la capa
así...! --Mire usted: podía
esplicarlo con palabras
porque es tarde y... --¡Aún es
[pronto!
--¡Qué ovación! ¡Ni la Nevada!
¡Y apóposito! ¿Ha ido usted
á ver esa obra estrenada
el otro día...? --No (¡Hum!...
¡Esto ya ni Job lo aguanta!
--¿De veras no ha ido? --¡Qué nó!
--Pues es una cosa rara!
--¡Ni quiero ir!
--¿Qué nó!... ¿Y por qué?
--¡Porque no me dá la gana
¡hombre! ¡qué esto es el infierno,
y no puedo ya con mi alma!
O se calla usted ó le rompo
de un puñetazo la cara...
que yo vengo á que me afeiten
¡pero no tanto caraniba!

MARCIAL DE LOS RIOS.

LA PLANTA TIGRE

I.

Nunca había visto su letra. Y sin embargo, cuando me entregaron su carta no vacilé un momento. Aquella carta era de ella, de ella á quien no había visto hacía muchos años, desde que, ignorando el amor profundo que yo la profesaba, se había casado con Federico Werthein, el sabio cuyos trabajos celebraban las Academias, y á quien yo mismo admiraba demasiado para envidiarle.

Yo miraba la carta sin abrirla, y sin saber por qué, sentía inexplicable angustia. ¡Extraño pensamiento! El papel me parecía pálido, y las letras trazadas en él, negras y delgadas, tenían no sé qué flacura enfermiza y dolorosa.

Yo había sido compañero de infancia de Paula; habíala conocido sonriente, loquilla, con esos relampagos de entusiasmo que son la irradiación de los sencillos corazones. ¡Oh! ¡Entonces no escribiría así! como sus cabellos caprichosamente rizados, los rasgos trazados por su mano infantil debían tener alegres coqueterías, risueñas curvas; pero en aquel sobre, el trazo de la pluma era brusco como un llamamiento, y las letras de mi nombre resaltaban como un grito.

Abrí calenturiento el sobre y leí una sola palabra: «¡Venid!»

¿Por qué me dirigía esa súplica que era un mandato, ella, que desconocía sus derechos sobre mí, esos derechos que le había concedido para siempre en el misterio de mi conciencia? ¿No era preciso que una sensación casi adivinatoria la hubiese revelado el secreto de su poder?

No vacié un minuto. Paula residía con su esposo en una gran quinta, como á seis leguas de la ciudad en que yo vivía. Nunca había dirigido mis pasos hacia allí, temiendo matar mis sueños—tan respetados—con alguna realidad absurda y desalentadora. Nunca había pronunciado su nombre, por no turbar el eco tan dulce que me quedaba vibrante y cristalino, de nuestro último adiós.

II.

Corría el primer mes del otoño. Era ese período dudoso en que se sienten ya sepulcrales ráfagas de la tumba de invierno, y el estado de mi alma hacía ver aun más triste la naturaleza.

Me parecía que avanzaba entre la red de una inmensa é impenetrable tela de araña.

La quinta que habitaba Paula se hallaba al extremo de una calle de castaños, cuyas ramas se entrecruzaban y cuya rectitud, estrechándose por la perspectiva, simulaba la forma de un embudo. En el momento en que penetraba en ella, me pareció (¡poder de la alucinación!) que al fin me aguardaba una cosa en forma de máscara lúgubremente risueña, formada de nieblas, que me atraía y amenazaba.

Y la impresión siniestra de ese espejismo fué tan poderosa, que me eché atrás, tirando del freno de mi caballo, mientras lanzaba inquietas miradas en aquellas profundidades.

Después lancé un grito, hundí mis espuelas en

los ijares del caballo, y le lancé en un furioso galope de carga contra lo desconocido.

A punto estuve de chocar contra la reja, cuyos originales calados, obra maestra de algún artista ignorado, me hicieron comprender la entrevista ilusión, y mejor aún, cuando delante de aquella quijada de hierro y bronce, de volutas en forma de agudas puntas, vi erguirse la blanca y fina forma de Paula, que me aguardaba llevando en sus brazos un rosado niño.

III.

Sería una locura querer explicarlo. La belleza de la mujer no es más que la resultante emoción de quien la mira. Y yo, ahora que mis ojos se fijan en Paula, sentía todo mi sér inundado de admiración y amor. ¿Era acaso por sus negros cabellos separados en dos porciones por una blanca línea trazada por uña de ave? ¿Acaso por su frente alta, bombeada, donde se apagaban los rayos de sus lánguidos ojos, ó por aquella boca cuyos purpúreos labios inundaban de roja luz su blanco rostro? ¿Qué sé yo! No dije nada; me incliné, y, estremeciéndome, besé la orla de su vestido.

Ella, sin responder nada á ese silencio cuya adoración comprendía, me hizo una señal.

Yo la seguí, á través de la calle de árboles cuyos blancos guijarros crujían bajo mis piés y enmudecían bajo sus etéreos pasos.

Al llegar á las gradas, se inclinó un momento, aguzando el oído.

Sin duda no oyó nada; porque, seguidamente, empujó la puerta de ébano, deslizándose sobre un espeso tapiz. Y un instante despues nos encontramos en un saloncito, iluminado por vidrieras que proyectaban sobre nosotros reflejos de carbunclo y esmeralda.

Y ella me dijo:

— ¡Escuchadme!

Eran las primeras palabras que pronunciaba; y su voz sombría, indolentemente triste, me conmovió como si procediese de una profundidad infinita. Y sin duda mis ojos expresaban mi estupor, porque ella continuó apresuradamente:

— Os he llamado; sois el amigo de mi juventud. Quizá más. Entre nuestras almas existe un lazo aflojado, pero no roto. ¿No es cierto?

Una vibración de mis párpados la respondió.

— Hace tres años, dijo—sin detenerse en los preámbulos que son las cobardías de toda confesión,—hace tres años que soy la esposa de Federico. En mi imaginación de niña, ese hombre á quien llamaban ya Maestro, era de aquellos á quienes no se puede resistir. Fué mi dueño por una palabra. Su mirada me conquistó y me convirtió en prisionera de su voluntad. Mi debilidad se enorgullecía apoyándose en esa fuerza: soñaba sumisiones orgullosas á esa energía que todo lo dominaba. Digo todo esto, porque sé muy bien, tenedlo entendido, que me habeis amado, que me amais todavía y me amareis siempre, como yo misma os amo y amaré...

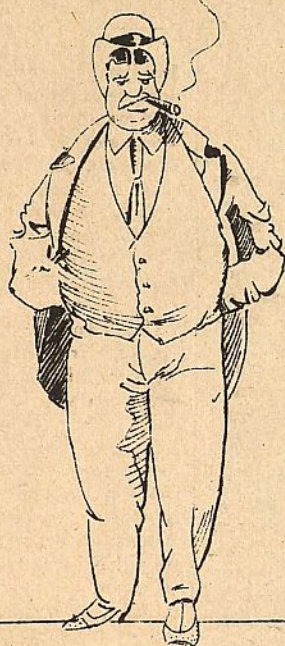
JULIO LERMINA.

(Se continuará.)

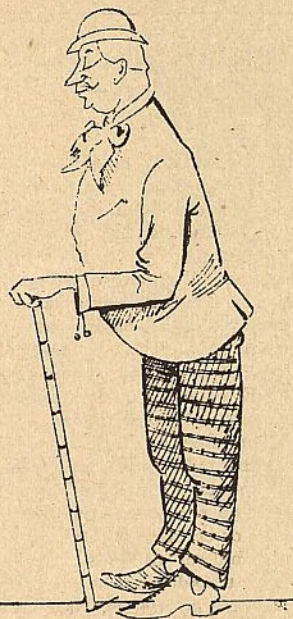
EL NOMBRE HACE AL HOMBRE, POR LAGO.



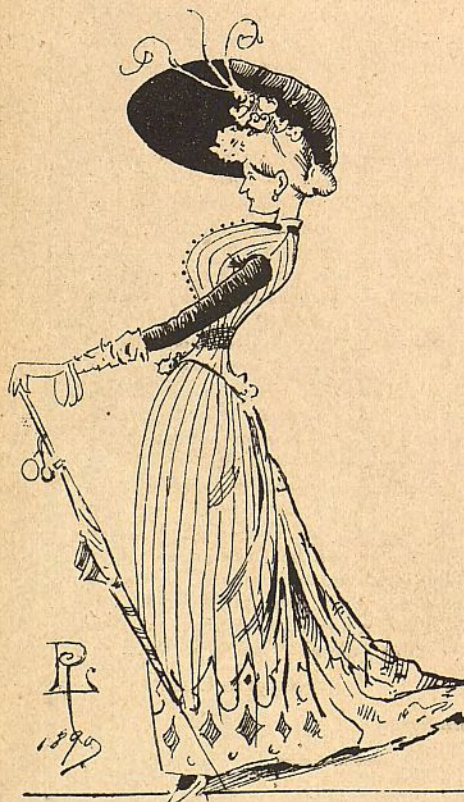
Angel, Arturo ó Abelardo.



Mariano, Benito ó Tomás.



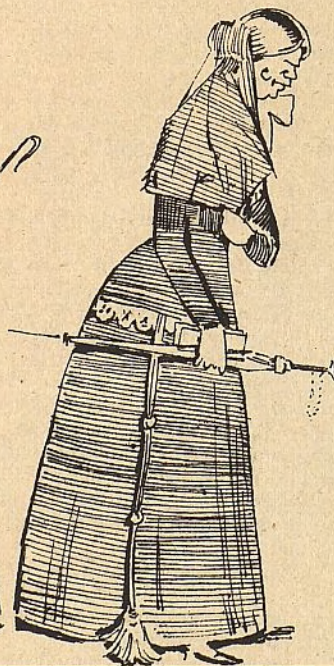
Anastasio, Ambrosio ó Bonifacio



Amanda, Eloisa ó Etelvina.

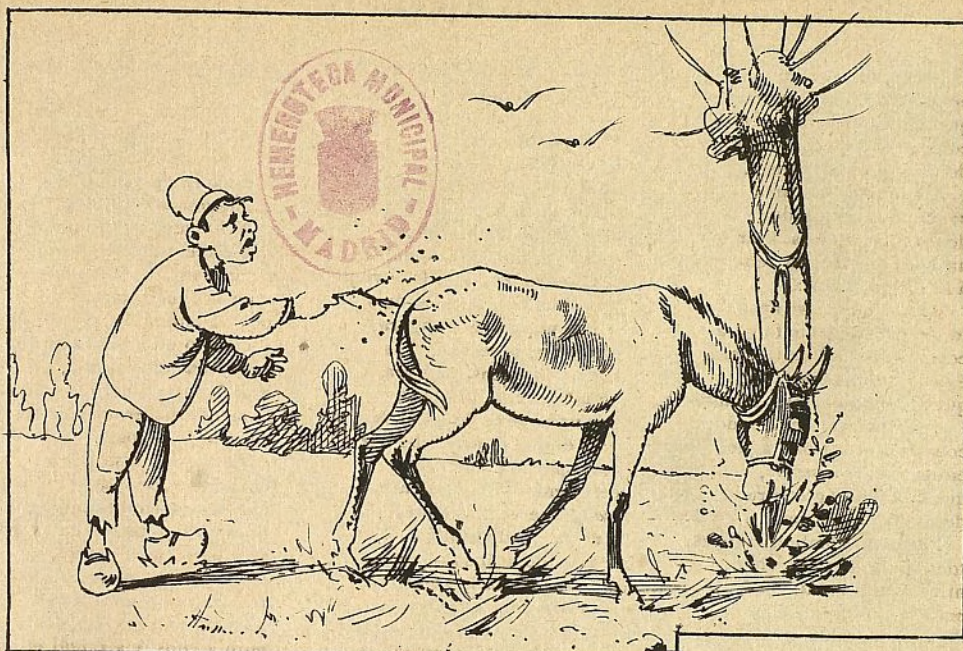


Mariana, Paca ó Enriqueta.

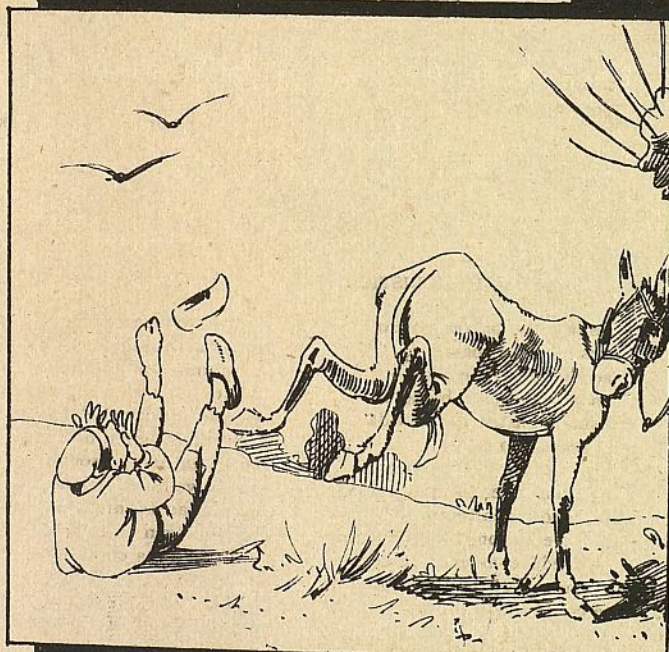


Tiburcia, Anacleto ó Sinforosa.

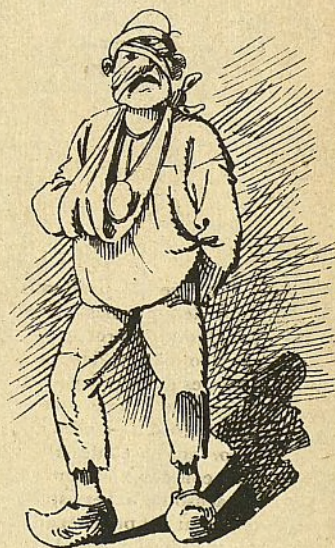
FABULITA, POR ESCALER.



Por quitarle las moscas á un borrico,



un par de coces recibió Perico.



¡Oh, lector! no lo ignores.
Así pagan los burros los favores.

Escaler

¡EL ARTE!

Juan Alejo el escultor era un desgraciado artista que luchaba sin temor contra el gusto corruptor de un siglo materialista.

A fuerza de discurrir concibió la audaz idea de inventar y de esculpir un Dios que hiciera sentir á la sociedad atea:

y antes de que se apagara lo que en su mente fulgura, compró marmol de Carrara, é imaginó una escultura que al mundo entero asombrara.

Trabajando lo que pudo, convirtió el marmol aquel en magnífico desnudo, que labraba al golpe rudo de su mágico cincel.

Fortuna, nombre, laureles, todo iba á lograrlo, todo; ni Fidias ni Praxiteles manejaron los cincelos de tan admirable modo.

Era de ver el ardor con que el joven escultor iba la piedra labrando, y de la piedra sacando la imagen del Hacedor,

que no era el Eterno, *austero ceñudo grave y severo*, alma de la escuela atea, que no refleja la idea

del Dios santo y verdadero.

Ni era el hijo de María de faz tranquila y serena, en cuya fisonomía se vé la raza judía siempre docil, siempre buena.

No quiso hacer el bosquejo de ninguno de los dos, porque según Juan Alejo, el Dios Padre es un Dios viejo, y el Dios hijo un niño-dios.

Era una hermosa figura, expresiva, soberana, llena de inmensa dulzura, de modelación tan pura que nada tiene de humana.

Y es que el arte sabe dar esa expresión singular de grandeza omnipotente, *eso* que se vé, se siente, y no se puede explicar.

Cuando acabada quedó, todo el mundo la admiró diciendo para elogiarla: «No hay oro con que pagarla» y... nadie se la compró.

El escultor ha vencido, su nombre aplausos provoca y es respetado y temido, y su modesto apellido corre ya de boca en boca.

El gran artista merece la fama que va logrando, pero mil ansias padece,

que al par que su fama crece va su bolsillo menguando.

Y mengua de tal manera, que el pobre artista asegura que si venderla pudiera á cualquier precio vendiera su magnífica escultura.

Y hubiera sido probable que cediera con desprecio aquella estatua admirable á un banquero miserable, por un miserable precio, cuando un amigo sincero quiso remediar el mal, y para darle dinero le mandó hacer un mortero de tamaño colosal.

El artista quiso hacer el encargo, pero al ver que su desdicha es completa pues no hay piedra en su taller ni dinero en su gaveta,

loco, ciego de furor, Juan Alejo el escultor recogió del suelo un mazo, miró á Dios, y alzando el brazo así dijo con dolor:

«Ya nada del arte espero; por ir de la gloria en pos he perdido mi dinero.»

¡Y la figura de Dios fué convertida en mortero!

RODRIGO MERCADER.

LA CONFESION.

CUENTO HUMORISTICO.

Postróse una penitente al pié de un confesonario y le dijo al sacerdote entre sollozos y llantos y fuertes golpes de pecho, después de rezar el acto de contrición:—Padre mío, rubor me dá confesarlo, pero con dolor profundo me acuso de haber estado desde mi temprana edad en las redes del pecado. —Una vida disipada! ¡Jesús mil veces! ¡qué escándalo! —Si, padre mío, me acuso que en mis juveniles años el mundo me cautivó con sus mentidos halagos; pero, nueva Magdalena, conociendo los engaños

de la vida, borrar quiero mis estravios pasados, acogiéndome de Cristo en los amorosos brazos. Escuche usted de mi vida el novelesco relato, y yo, padre, le prometo que cumpliré, por purgarlos, la penosa penitencia que me imponga su mandato. —Puede comenzar, la dijo el cura; y á grandes rasgos le contó la pecadora sus desvanecimientos mundanos; y el bueno del reverendo sacó por ellos en claro que la penitente aquella era ligera de cascos, y le gustaban los hombres, y era amiga del *boato*;

y que á consecuencia de esto, había á un duque arruinado, desplumado á un escocés, vuelto loco á un diplomático, y en la pendiente del vicio descendiendo sin notarlo, como un harapo social al arroyo había bajado, donde tantas infelices se revuelven en el fango.

Escuchó la confesión el sacerdote, pensando que la pecadora siempre fué de la piel del diablo, y pretendiendo saber si era verdadero ó falso el dolor que demostraba al confesar sus pecados, la dijo: —La absolución le daré en el nombre santo

del Señor; mas antes quiero
que me conteste en el acto:
¿Siente aún pasión por los hom-
bres?
—Padre, ¿cómo he de negarlo?
¿La siento! —Pues si la siento,

por penitencia le mando
que prosiga usted cautiva
en las redes del pecado
como ha vivido hasta ahora.
—añadió el cura, —y llorando
replicó la penitente:

—Padre mío, hágase cargo
de que, aunque quiera, no puedo
cumplir de usted el mandato.
—¿Por qué?
—¡Porque ya soy vieja
y ninguno me hace caso!

J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE.

CHIRIGOTAS.

Unico encargado de la venta de LA SEMANA CÓMICA en Barcelona: D. Juan Tasso, kiosco de la Rambla de las Flores, frente a la calle del Hospital.

Con razón dicen que España es el país de los vice-versas.

O si no, lean Vdes:

«Anteanoche fué *sorprendida* una partida de juego en la calle del Noviciado.»

La contradicción no está aquí en lo de la *sorpres*a, que á mí no me *sorprende*, porque sé que hay gobernadores que no toman á *juego* lo del *juego*, que es, lógicamente, como deberían tomarlo.

Está en el nombre de la calle en que ha sido descubierta la partida.

Fijense Vdes: la del *No...viciado*.

De todos modos, aplaudamos al delegado del gobernador que prestó el servicio.

Otros hay, que, en su lugar, hubieran ocultado la mitad del nombre de la calle.

Y hubieran dicho solamente: «¡No-vil! ¡no-vil!»

De *El Noticiero*:

«*Frascu*elo ha muerto! Ha muerto, *taurinamente* hablando»...

Bueno, pues no se desespere Vd.

Ni lo lamente.

Porque *Frascu*elo es *Salvador*, como Jesucristo. Y, como Jesucristo, es *Maestro*.

De modo que lo lógico es que, como él, resucite al tercer día.

Y... ahora que hablo de *Frascu*elo y de su retirada (que ha dejado tamañita á la célebre retirada de Jerjes).

A muchos sorprendió que el día 11 tuviera que suspenderse la corrida por causa de la lluvia.

A mí nó.

De antemano sabía yo que la fiesta se aguaría.

Porque me lo había dicho días antes un aficionado:

—¿No se lidian toros del Ministro de Fomento? Pues ya sabemos lo que vamos á ver... á *ver aguas*.

El retrato de D. Inocente Lopez Bernagosi, que

honra la primera página del presente número, es copia de una fotografía, galantemente cedida á esta Dirección por el celebrado fotógrafo Sr. Esplugas.

CORRESPONDENCIA.

J. E. C. Bilbao.—¡Caramba! Yo lo siento, pero... pero esta tampoco llega. Y lo que no va á llegar tampoco es el número, que volví á remitir. ¡Maldición sobre los secuaces de Mansi!

B. C. C.—Madrid.—No, no fué aquí donde se publicó. Me parece recordar que fué en *Los Madriles*. Si quiere V. dirigirse allí...

L. R. C.—Zaragoza.—El soneto, que es bueno, es serio. Y el resto, que no es serio... es malo. Así, con franqueza.

Cle y Toris. Cochinito, pero gracioso.

Si tosis, tomeis.—Se publicarán tres epigramas.

El licenciado Torralba.—¿Quiere Vd. mandar firmada la segunda?

Un lector.—Tiene V. razón. Es ese un lunar que desaparecerá como han ido desapareciendo otros. De todos modos, agradecemos la advertencia... que, como irá viento V., no ha caído en saco roto.

Poco vale.—¡Y tan poco! ¡Como que ni aun contar las sílabas sabe Vd! Y... otra cosa: ¿qué quiere decir *viguereño*?

Varios lectores.—Pues miren Vdes.: la idea me parece excelente; tan excelente que en el número próximo verán ustedes anunciada la innovación.

Purche.—Ingeniosísima, ingeniosísima. Pero... ¿no le parece á Vd. un tanto atrevidito el asunto?

D. P. M.—Zamora.—Mire Vd.; todos los días se aprende algo. Y lo que yo he aprendido hoy es que *empaque y enjuague* pueden llegar á ser considerados como consonantes.

Tarimba.—¡Anda, anda! Lo que habrá tenido que intrigar el verso.

entonces yo la miro,

para llegar á ser octosílabo!

A. de C.—Yo lo siento por la señorita esa; pero, en fin, puesto que Vd. se empeña... allá va:

A LA SEÑORITA DOÑA E. C. Y O.

¡Muchas horas de sueño me has robado en el transcurso de nuestras relaciones! y en ese tiempo... ¡cuantas ilusiones por mi imaginación habrán pasado!

¡Muchos disgustos, Engracia, me has costado muchos desvelos y muchas desazones!, tan solo en preveer las mil obligaciones que adquiere un hombre cuando toma estado....

¡Ingrata! y ¿no te recuerde la conciencia burlarte así de quien tanto te ha querido?

No acierto á comprender tanta imprudencia.

Te rindes al dinero... ¿verdad? pues he ascendido, y ahora que veo en tí cierta tendencia... para ver de arreglarnos... yo te olvido.»

D. M.—Gijón.—Ella le dió calabazas á V. Bueno... Es decir, no: malo. Pero Vd. la dispara una décima de nueve versos. Queda V. vengado.

Señores cuyas composiciones no podemos publicar, y á los cuales, por falta de espacio, no contestamos particularmente:

Romano, R. C. A., *Un lector de LA SEMANA*, L. A., *Epifanio*, J. A. X., *Diamante*, *Dardo Roto*, L. S., *Amongo de Apilongo*, D. de A., *Franco*, F. S., *P. R. Pájaro*, y *Lix Fesopes* (Barcelona).—*Marcos de Obregón* (Reus).—F. C. (Santander).—J. S. C., *Feroya*, J. M. A., *Papirus*, G. G. M., *Manolín* y P. de C. (Madrid).—*Un manchego* y E. de G. (Valladolid).—*Pirene* (Zaragoza).—M. G. (Albacete).—J. S., *Doy* y M. P. Valencia.—M. T. Toledo y *Pam Lérica*.

Imp. Militar, Arco del Teatro, 9, pasaje.

LA VUELTA DEL MARIDO.



—Te habrás aburrido mucho tanto tiempo sola.
—Cuando estaba sola... sí, mucho.

ANUNCIOS

LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO.

Colaboran en él los mejores literatos y los más celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona.	Trimestre.	1'50 ptas
Fuera.. . . .	, ,	2'50 ,

Números atrasados doble precio

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscriptores de fuera de Barcelona pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes y se suspen- de el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Vertrallans, 3, 1.º—Barcelona.

DESPACHO: TODOS LOS DIAS LABORABLES
DE 2 Á 4 TARDE

UNICO ENCARGADO

DE LA VENTA Y EXPENDICION DE

LA SEMANA CÓMICA

EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad.—Plaza de Santo Domingo

RECOMENDAMOS

Á NUESTROS LECTORES LA ACREDITADA Y FORMAL

AGENCIA ALMODOVAR

Embajadores, 10

MADRID

que se ocupa en la gestión de todos los asuntos jurídicos, administrativos y comerciales que se le encarguen.

NICOLAS MIRALLES

LITÓGRAFO

UNION, 17.—BARCELONA

IMPRENTA MILITAR Y COMERCIAL

DE

CALZADA É HIJO

Arco del Teatro, 9, pasaje
BARCELONA